

F. Scott Fitzgerald

Hermosos y malditos

Traducción de José Luis López Muñoz



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *The Beautiful and the Damned*

Primera edición: 2005

Tercera edición: 2019

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Lee: Estudio de moda para la revista *Liberty* (detalle), 1932.

Victoria & Albert Museum, Londres.

© The Royal Photographic Society / Getty Images

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: José Luis López Muñoz, 2005

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2005, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-547-1

Depósito legal: M. 9.736-2019

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	Libro primero
13	1. Anthony Patch
53	2. Retrato de una sirena
109	3. Experto en besos
183	Libro segundo
185	1. La hora radiante
264	2. Simposio
353	3. El laúd roto
423	Libro tercero
425	1. Un problema de civilización
484	2. Un problema de estética
543	3. ¡Da lo mismo!

*Para Shane Leslie, George Jean Nathan
y Maxwell Perkins,
en reconocimiento por su estímulo
y gran ayuda literaria*

*El vencedor pertenece
a los vencidos*

Anthony Patch

Libro primero

1. Anthony Patch

En 1913, cuando Anthony Patch cumplió los veinticinco años, habían transcurrido ya dos desde que la ironía –el Espíritu Santo de estos últimos tiempos– tuvo a bien descender, al menos teóricamente, sobre él. La ironía era como el toque final a los zapatos, como la última pasada de cepillo a la ropa, una especie de «¡Ya está!» intelectual; sin embargo, al comienzo de esta historia, Anthony no ha hecho más que alcanzar el uso de la razón. La primera vez que lo vemos se pregunta con frecuencia si no será un hombre sin honor y algo chiflado, una sustancia vergonzosa y repulsivamente delgada que brilla sobre la superficie del mundo como el aceite sobre un estanque de aguas cristalinas, aunque en otras ocasiones, por supuesto, se considera un joven excepcional, extraordinariamente refinado, bien integrado en su entorno y, hasta cierto punto, más importante que todas las personas que conoce.

Ésa era su actitud cuando se encontraba bien, momentos en los que se convertía en una persona jovial, agradable, que congeniaba con los hombres inteligentes y agradaba a las mujeres. Cuando se hallaba en ese estado, tenía el convencimiento de que algún día llevaría a cabo algo sutil y poco ruidoso que los elegidos considerarían meritorio y que, al desaparecer él, se incorporaría a las mortecinas estrellas de un nebuloso e indeterminado paraíso, situado a mitad de camino entre la muerte y la inmortalidad. Hasta que llegara el momento de realizar aquel esfuerzo, seguiría siendo Anthony Patch, no el simple retrato de un hombre, sino el poseedor de una personalidad dinámica y claramente delineada, un individuo obstinado, desdeñoso, que funcionaba de dentro afuera; un hombre consciente de que no puede haber honor, pero sin dejar por ello de ser honorable; al tanto de las ambigüedades de la intrepidez y, sin embargo, valeroso.

Un hombre respetable e hijo con mucho talento

Ser nieto de Adam J. Patch daba a Anthony tanta seguridad en su situación social como si fuera capaz de trazar el árbol genealógico de su familia hasta el otro lado del mar, remontándose incluso a las Cruzadas. Eso es una cosa inevitable; virginianos y bostonianos, por el contrario, constituyen –aunque haya excepciones– una aristocracia basada exclusivamente en el dinero, que exige el peso de la fortuna en cada caso particular.

Adam J. Patch, más familiarmente conocido como «Patch, el malhumorado», abandonó la granja de su pa-

dre, en Tarrytown, a principios de 1861, para alistarse en un regimiento de caballería de Nueva York. Volvió de la guerra convertido en comandante, se lanzó al asalto de Wall Street y, en medio de considerables protestas, indignación, aplausos y mala voluntad, consiguió reunir unos setenta y cinco millones de dólares.

Aquello mantuvo ocupadas sus energías hasta los cincuenta y siete años. Fue entonces cuando decidió, después de una grave enfermedad, consagrar el resto de su vida a la regeneración moral del mundo. Adam J. Patch se convirtió en reformador entre los reformadores. Emulando los magníficos esfuerzos de Anthony Comstock (el nieto de Adam se llamó Anthony en honor suyo), el señor Patch utilizó un amplio repertorio de ganchos y golpes al cuerpo contra las bebidas alcohólicas, la literatura, el vicio, el arte, las medicinas curalotodo y las funciones dominicales de teatro. Su mente, bajo la influencia de ese moho insidioso que acaba por atacar a todo el mundo menos unos pocos, se dejó arrastrar furiosamente por todas las indignaciones de la época. Desde un sillón en el despacho de su finca de Tarrytown dirigió contra aquel enorme enemigo hipotético, la iniquidad, una campaña que se prolongó por espacio de quince años, durante los cuales demostró ser un monomaniaco lleno de fanatismo y un pelmazo intolerable. El año en que comienza esta historia lo encuentra ya muy agotado; su campaña ha perdido fuerza; 1861 se iba acercando lentamente a 1895; para entonces el señor Patch dedicaba gran parte de su tiempo a pensar en la guerra de Secesión, algo menos en su esposa muerta y en su hijo, y prácticamente nada en su nieto Anthony.

Todavía joven, Adam Patch se había casado con una dama anémica de treinta años de edad, Alicia Withers, que aportó al matrimonio cien mil dólares y un impecable derecho de entrada a los círculos bancarios de Nueva York. De inmediato, y poniendo de manifiesto una considerable dosis de valor, había dado un hijo a Adam Patch y, como si la magnificencia de aquella hazaña la hubiese debilitado por completo, Alicia se ocultó para siempre en la penumbra del cuarto de los niños. Su hijo, Adam Ulysses Patch, se convirtió en un inveterado frecuentador de clubs, experto en buenos modales y conductor de coches de caballos; a la asombrosa edad de veintiséis años comenzó a escribir sus memorias con el título de *La sociedad de Nueva York tal como la he conocido*. Cuando se extendió el rumor de que estaba en marcha semejante obra, los editores se mostraron interesados, pero como pudo comprobarse a la muerte de su autor, se trataba de un relato inmoderadamente prolijo y terriblemente aburrido, que nunca llegó a publicarse, ni siquiera en edición pagada por el autor.

Aquel lord Chesterfield de la Quinta Avenida se casó a los veintidós años con Henrietta Lebrune, la «contralto de la buena sociedad de Boston», y al hijo único de este enlace se le impuso, a petición de su abuelo, el nombre de Anthony Comstock Patch. Cuando el muchacho se matriculó en Harvard, el Comstock desapareció de su nombre, cayendo en el infierno de las cosas olvidadas, y nunca más se volvió a hablar de él.

El joven Anthony tenía una fotografía de su padre y de su madre; sus ojos tropezaron tantas veces con ella durante la infancia que había adquirido para él el carácter

impersonal de un mueble, pero todos los que entraban en su dormitorio la miraban con interés. La fotografía mostraba a un dandi de los años noventa, enjuto y bien parecido, junto a una dama morena y alta, con manguito y polisón apenas marcado. Entre los dos se veía a un niño de largos bucles castaños y traje de terciopelo. Era Anthony a la edad de cinco años, en la época de la muerte de su madre.

De la «contralto de la buena sociedad de Boston» su hijo tenía unos recuerdos nebulosos y musicales. Se trataba de una señora que cantaba sin parar en el salón de música de su casa de Washington Square: a veces con invitados desperdigados a su alrededor, los hombres cruzados de brazos, con aire embelesado, sentados en difícil equilibrio sobre los bordes de los sofás, y las mujeres –las manos en el regazo– que de cuando en cuando susurraban algo a los hombres y siempre aplaudían con mucha energía y dejaban escapar sonidos arrulladores al final de cada interpretación; todavía con mayor frecuencia Henrietta cantaba para Anthony a solas, en italiano, en francés, o en un extraño y terrible dialecto que imaginaba ser el habla de los negros del Sur.

Los recuerdos que Anthony conservaba del elegante Ulysses, el primer americano que se alzó las solapas de la chaqueta, eran mucho más precisos. Después de que Henrietta Lebrune Patch se fuera «a formar parte de otro coro», como el viudo decía con voz ronca de cuando en cuando, padre e hijo se trasladaron a la casa del abuelo, en Tarrytown; Ulysses iba todos los días al cuarto de los niños y de su boca, a veces hasta por espacio de una hora, brotaban palabras agradables, con fuerte olor

a bebidas alcohólicas. Continuamente prometía a Anthony que harían juntos expediciones de caza y pesca y también excursiones a Atlantic City: «Muy pronto ya, dentro de unos días»; pero ninguno de aquellos viajes llegó a materializarse. Aunque hubo uno que sí llevaron a cabo; al cumplir Anthony los once años se marcharon al extranjero, a Inglaterra y Suiza, y allí, en el mejor hotel de Lucerna, su padre murió entre muchos sudores y gruñidos, pidiendo a gritos el aire que sus pulmones echaban en falta. Rodeado por una atmósfera de terror y desesperación Anthony regresó a América, para sentirse acompañado hasta el final de sus días por un vago sentimiento de melancolía.

Pasado y personalidad del héroe

A los once años a Anthony le horrorizaba la muerte. Con un intervalo de seis años y en la edad más impresionable, sus padres habían muerto y su abuela se había difuminado de forma casi imperceptible, hasta que, por primera vez en su vida de casada, disfrutó durante un día de indudable preeminencia en su propio salón. De manera que la vida de Anthony era un batallar contra la muerte, agazapada en todos los rincones. Adquirió el hábito de leer en la cama como una concesión a su imaginación hipocondríaca, ya que la lectura le tranquilizaba. Leía hasta que se cansaba y a menudo se dormía con la luz encendida.

Hasta los catorce años su diversión favorita fue una colección de sellos, todo lo enorme y exhaustiva que pueda

serlo la colección de un niño: su abuelo creía tontamente que aprendía geografía con los sellos, de manera que Anthony mantenía correspondencia con media docena de compañías filatélicas, y raras veces el correo dejaba de traerle álbumes nuevos o paquetes de hojas llenas de colorido que podía devolver si no le gustaban. Había algo de misterioso en la fascinación con que, interminablemente, Anthony trasladaba sus adquisiciones de un álbum a otro. Los sellos eran su mayor fuente de felicidad, y cuando alguien le interrumpía mientras jugaba con ellos, le obsesaba frunciendo el ceño; los sellos devoraban su asignación mensual y, por las noches, permanecía despierto en la cama, cavilando incansable sobre su diversidad y polícromo esplendor.

A los dieciséis años, Anthony había vivido casi por completo dentro de sí mismo, convertido en un muchacho apenas capaz de expresarse, nada norteamericano, y lleno de cortés perplejidad ante sus contemporáneos; después de pasar dos años en Europa, su tutor insistió en que le convenía ir a Harvard. La universidad le «abriría puertas», resultaría un tremendo estímulo y le proporcionaría innumerables amigos devotos y dispuestos a sacrificarse por él. Anthony fue a Harvard: era la única cosa lógica que podía hacer.

Despreocupado de las relaciones sociales vivió, durante una temporada, solo, sin que nadie fuera a verlo, pero con una asignación más que generosa, en una de las habitaciones del piso alto de Beck Hall; era un muchacho moreno y esbelto, de estatura media y con una boca que revelaba timidez y sensibilidad. Puso los cimientos de su biblioteca al comprar a un bibliófilo errante primeras

ediciones de Swinburne, Meredith y Hardy, y una amarillenta e ilegible carta autógrafa de Keats, aunque más adelante descubrió que había pagado precios exorbitantes por aquellas reliquias. Anthony se transformó en un dandi exquisito, y reunió una colección más bien patética de pijamas de seda, batas de brocado y corbatas demasiado llamativas para ponérselas; con aquellas galas secretas se paseaba delante de un espejo en su habitación o se tumbaba junto a la ventana contemplando el patio, consciente apenas del intenso clamor, del que, al parecer, pese a su proximidad, nunca llegaría a formar parte.

De manera paradójica, Anthony descubrió en su último año de universidad que se había creado un notable prestigio dentro de su promoción. Supo que se le consideraba una figura más bien romántica, un estudioso, un recluso, una torre de erudición. Aquello le divirtió, llenándole además de secreta complacencia: empezó a salir, al principio poco, más adelante mucho. Consiguió que lo admitieran en *The Pudding*, la sociedad literaria más elitista de Harvard. Se aficionó a la bebida: de forma sosegada y de acuerdo con las adecuadas tradiciones. Se decía de él que, de no haber empezado tan joven sus estudios, habría podido «destacar extraordinariamente». Al graduarse en 1909 Anthony sólo tenía veinte años.

Después, otro viaje al extranjero: esta vez Roma, donde coqueteó con la arquitectura y la pintura, empezó a estudiar violín y escribió unos sonetos terribles en italiano, las supuestas divagaciones de un monje del siglo XIII sobre los goces de la vida contemplativa. Todos sus amigos de Harvard se enteraron de que estaba viviendo en Roma, por lo que quienes fueron a Europa aquel año lo

visitaron, y descubrieron en su compañía, durante numerosas excursiones al claro de luna, muchas cosas de la Ciudad Eterna anteriores al Renacimiento e incluso a la República. Por ejemplo, Maury Noble, de Filadelfia, se quedó dos meses con él, y juntos captaron el encanto peculiar de las mujeres latinas y disfrutaron de la maravillosa sensación de ser muy jóvenes y libres en una civilización que era muy vieja y también libre. Tampoco le faltaron visitas de los conocidos de su abuelo, y si lo hubiera deseado, Anthony podría haberse convertido en persona grata para el mundo diplomático; descubrió, de hecho, que sus inclinaciones le llevaban cada vez más a la sociabilidad, pero el largo aislamiento de la adolescencia y la subsiguiente timidez aún tenían fuerza suficiente para determinar su conducta.

Regresó a los Estados Unidos en 1912 debido a una de las repentinas enfermedades de su abuelo y, después de una aburridísima conversación con un anciano en perpetua convalecencia, Anthony decidió aplazar por el momento el proyecto de vivir de manera permanente en el extranjero. Tras prolongada búsqueda, alquiló un apartamento en la calle Cincuenta y dos y, en apariencia, empezó a sentar cabeza.

En 1913 el proceso de adaptación de Anthony Patch al universo estaba a punto de consumarse. Físicamente había mejorado mucho desde sus días en la universidad: aunque delgado en exceso, sus hombros se habían ensanchado y su rostro moreno había perdido la expresión asustada del primer año. Era muy ordenado a escondidas y extraordinariamente pulcro en el cuidado personal; sus amigos aseguraban no haberlo visto nunca des-

peinado. Tenía la nariz demasiado afilada y su boca, por desgracia, era uno de esos termómetros del estado de ánimo, por lo que sus comisuras languidecían perceptiblemente en los momentos de tristeza, si bien sus ojos azules resultaban muy atractivos, tanto si brillaba en ellos la inteligencia como si los mantenía medio cerrados, con expresión melancólica.

Aunque desprovisto de la simetría de rasgos esencial para el ideal ario de belleza, a Anthony se le consideraba bien parecido en algunos ambientes; su aspecto, además, era muy saludable, con ese aire especial de disfrutar de buena salud que presta la belleza.

El apartamento impecable

Anthony tenía la impresión de que la Quinta y la Sexta avenidas eran los largueros de una gigantesca escalera de mano que se extendía desde Washington Square hasta Central Park. Al subir hacia la calle Cincuenta y dos en la victoria de un autobús, siempre tenía la sensación de encaramarse a fuerza de brazos por una sucesión de peligrosos peldaños y, cuando el autobús se detenía bruscamente en el suyo, el descender los empinados escalones de metal hasta llegar a la acera le producía una sensación muy semejante al alivio.

Después, sólo tenía que recorrer media manzana por la calle Cincuenta y dos y alcanzar un aburrido grupo de casas de cuatro pisos para hallarse en un santiamén bajo el alto techo de su amplia sala de estar. Se trataba de una habitación totalmente satisfactoria. Al fin y al cabo, era

allí donde empezaba la vida. En aquella casa Anthony dormía, desayunaba, leía y recibía a sus amigos.

La casa misma estaba hecha de materiales lóbregos y había sido edificada a finales del siglo XIX en respuesta a la creciente demanda de apartamentos pequeños: cada piso había sido reformado por completo y se alquilaba por separado. De los cuatro apartamentos, el de Anthony, en el segundo piso, era el mejor.

La sala de estar, una hermosa habitación de techo muy alto, tenía tres amplias ventanas y una agradable perspectiva de la calle Cincuenta y dos. La decoración evitaba con holgura el problema de la adscripción a un periodo determinado, así como la rigidez, la pomposidad, la excesiva desnudez o la decadencia. No olía ni a humo ni a incienso: era una estancia alta y ligeramente azul. Había en ella un sofá muy ancho tapizado de suave cuero marrón sobre el que la somnolencia parecía flotar como una neblina. Contaba con un biombo chino de laca, dedicado sobre todo a pescadores y cazadores geométricos en negro y oro; eso creaba un nicho en un rincón para un voluminoso sillón escoltado por una lámpara de pie de color naranja. En lo más hondo de la chimenea un escudo acuartelado estaba totalmente oscurecido por el fuego.

Atravesando el comedor, magnífico sólo en potencia, dado que Anthony no tomaba en casa más que el desayuno, y después de recorrer un pasillo comparativamente largo, se llegaba al corazón y meollo del apartamento: el dormitorio y el cuarto de baño de Anthony.

Ambos eran inmensos. Bajo el techo del primero, incluso la gran cama con dosel parecía de tamaño normal. La exótica alfombra de terciopelo carmesí que cubría el

suelo era tan suave como vellón bajo los pies descalzos de su dueño. El cuarto de baño, en contraste con el carácter un tanto sobrecogedor del dormitorio, era alegre, brillante, extraordinariamente acogedor e incluso levemente humorístico. De sus paredes colgaban las fotografías de cuatro celebradas bellezas teatrales del momento: Julia Sanderson, caracterizada como «la chica rayo de sol»; Ina Claire como «la chica cuáquera», Billie Burke como «la chica ten cuidado con mi maquillaje», y Hazel Dawn como «la dama en rosa». Entre Billie Burke y Hazel Dawn estaba colocado un grabado que representaba una gran extensión nevada presidida por un gélido y formidable sol; esto último simbolizaba, según Anthony, la ducha fría.

La bañera, equipada con un ingenioso atril, era baja y muy grande. A su lado, en un armario ropero, se amontonaba suficiente ropa blanca para tres personas, además de un regimiento de corbatas. Tampoco había allí una mezquina toalla con pretensiones de alfombra, sino una pieza magnífica, un milagro de suavidad semejante a la del dormitorio, que casi parecía dar masaje a los pies húmedos que salían del baño...

En conjunto, una habitación donde eran posibles todas las evocaciones; no costaba darse cuenta de que Anthony se vestía allí, de que conseguía allí los peinados perfectos que todos admiraban, y de que, en realidad, hacía allí todo menos comer y dormir. Estaba convencido de que si se enamorara colgaría el retrato de la amada frente a la bañera, para, envuelto en los tranquilizantes vapores del agua caliente, poder tumbarse, contemplarla y cavilar tibia y sensualmente sobre su belleza.

El héroe tampoco hila¹

De la limpieza del apartamento se ocupaba un criado inglés con el nombre –singularmente apropiado, casi teatralmente apropiado– de Bounds², cuya perfección técnica sólo quedaba enturbiada por el hecho de usar cuello blando. Si Bounds hubiese pertenecido exclusivamente a Anthony, este defecto habría podido remediarse de forma expeditiva, pero era también el criado de otros dos caballeros de la zona. Desde las ocho hasta las once de la mañana Bounds se consagraba únicamente a Anthony. Llegaba con el correo y preparaba el desayuno. A las nueve y media levantaba el borde de la manta de su señor y pronunciaba unas breves palabras; Anthony nunca las recordaba con claridad, pero sospechaba que contenían más bien un mensaje de desaprobación; acto seguido, Bounds servía el desayuno en una mesa de juego de la sala de estar, hacía la cama y, después de preguntar con tono vagamente hostil si se le necesitaba para algo más, desaparecía.

Por las mañanas, una vez a la semana al menos, Anthony visitaba a su agente de bolsa. Sus ingresos quedaban algo por debajo de siete mil dólares al año, producidos por los intereses del dinero que había heredado de su madre. Su abuelo, que nunca había permitido que su

1. Referencia a Lucas 12, 27. «Observad los lirios; ¡cómo crecen! No se fatigan ni hilan, y yo os digo: ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos.» (*N. del T.*)

2. Bounds habría que traducirlo por ‘saltos’ o ‘brincos’, y lo apropiado de su nombre quizá esté relacionado con el hecho de ser criado de tres amos. (*N. del T.*)